

# 'Empotrados', pero libres

Reflexiones de un periodista español que viajó 'empotrado' hasta Bagdad con la compañía C-117 del 10º Batallón de Apoyo Logístico en Combate, que durante la invasión de Iraq tenía como misión aprovisionar de munición, carburante, agua y comida al III Batallón del IV Regimiento de Infantería (3/4) y al I de Carros de Combate (First Tanks) de la I División de Marines. Ambas unidades encabezaron la ofensiva militar iniciada el 19 de marzo.

## ALFONSO BAULUZ

**E**l ex ministro de Defensa Federico Trillo y su sucesor, José Bono, tuvieron a bien hacerse acompañar en sus visitas a Base España, en Diwaniya, tanto por tertulianos y creadores de opinión como por directores de medios a quienes ambos invitaron. Tanto el uno como el otro pretendían con la visita obtener apoyo editorial para el despliegue y el repliegue, según los casos, y muy probablemente ambos políticos estaban convencidos de que su personal cercanía a los profesionales de la información y la opinión, así como el contacto de los periodistas con los militares destacados en Iraq para comprobar la dureza de las con-

diciones de trabajo, su celo y abnegación, al igual que el altruismo de una parte de sus cometidos o simplemente el empeño con el que acometen las órdenes recibidas, contribuirían a sus legítimos propósitos políticos y propagandísticos.

No pareció polémica la discreción y reserva solicitada por motivos de seguridad, el embargo de la información por razones de tiempo o lo apretado de la agenda durante la visita ni el empleo de impedimenta militar, del que se mofa alguno de ellos en sus crónicas, empezando por él mismo, al describirse como esos "japoneses" empeñados en fotografiarse a toda velocidad en apresuradas giras turísticas.

**Alfonso Bauluz** es un veterano reportero de la Agencia Efe.

## 'Empotrados', pero libres

Sin embargo, sí que hubo, en mi opinión, un hecho en uno de esos viajes absolutamente censurable: la disponibilidad de alojamiento para esos visitantes, cuando esas mismas instalaciones militares se vieron cerradas a los “periodistas de a pie”, los enviados especiales a Iraq que desde el comienzo del despliegue español en el país ocupado informaban de sus actividades.

Pretextada anteriormente por el Ministerio de Defensa una supuesta prohibición a los civiles para pernoctar en acuartelamientos de misiones internacionales, dicha restricción desapareció por ensalmo cuando los civiles eran acompañantes del ministro en persona. Desconozco si es que habían sido clasificados como séquito personal del ilustre y distinguido huésped, o simplemente, que importaba poco que esos enviados especiales españoles tuvieran que recorrer aceleradamente el regreso a Bagdad para evitar la noche y los asaltos. Probablemente, su grado de adrenalina en el cuerpo fuera muy superior al de algunos de quienes el consabido desplazamiento en helicóptero en vuelo rasante les hacía recordar las imágenes de *Apocalipsis now* y la música de Wagner.

Viene a cuento esta reflexión, que no pretende entrar en otro tipo de crítica, del análisis ante la falta de una clarificación respecto a las relaciones de los periodistas con los militares españoles cuando estos últimos desempe-

ñan su trabajo en misiones en el exterior, o en el hipotético supuesto de que participasen en un enfrentamiento bélico. Las iniciativas legislativas de la pasada legislatura en relación al estatuto de los periodistas tal vez fuera conveniente que afrontaran la cuestión, tal vez sea otro ámbito más genérico el adecuado.

Fue el propio Pentágono el que estipuló que reconocía el derecho de los periodistas a presenciar los combates en los que pudieran verse involucradas las fuerzas militares estadounidenses. Es muy probable que los motivos de esa decisión política del Ejecutivo estadounidense no sean en absoluto coincidentes con los objetivos propios de los medios de comunicación, e incluso que sus fines sean reprobables. Ahora ya da igual, fue reconocido ese derecho y puesto en práctica ampliamente durante la invasión de Iraq.

El Departamento de Defensa norteamericano afirmó textualmente: “Necesitamos contar los hechos, buenos o malos, antes de que otros inunden los medios con desinformación y distorsiones”. Esos “otros” no eran sino el régimen de Sadam Huseín. Sin embargo, a finales de 2002 y principios de 2003, cuando la entonces portavoz del Pentágono, Victoria Clarke, y el asistente del subsecretario, Bryan Whitman, eran conscientes no sólo de las críticas de los medios globales al sistema del *pool* y la censura empleada en la I Guerra

del Golfo en 1991, sino también, y esa es la gran novedad, de su incapacidad para controlar “el mensaje” debido a las grandes facilidades derivadas de los progresos tecnológicos de las telecomunicaciones, y sobre todo la digitalización. Internet podría resultar letal en la guerra de la propaganda ante la opinión pública por lo que les resultaba imprescindible conseguir volcar a su favor la óptica de los grandes medios nacionales e internacionales. Sólo una cuidada presencia de las cámaras de las grandes cadenas estadounidenses tras las filas norteamericanas aseguraba ese enfoque de una “manera natural” como una posibilidad cierta, más allá de una orden ejecutiva atentatoria contra la libertad de expresión o las clásicas presiones subterráneas a los ejecutivos de las compañías de comunicación, hoy grandes conglomerados con variedad de intereses económicos y sectoriales. La opción de impedir el acceso de la prensa estadounidense con sus códigos noticiosos tradicionales y abonar el terreno de Al Yazira y similares, en una oportunidad única como la que tuvo CNN en 1991, combinada con un Internet como vía de propagación de todo tipo de historias, fundadas o inverosímiles, probablemente pudiera producir los mismos esca-

lofríos que debieron experimentar los encargados de dar forma al programa aprobado para incluir 600 periodistas con las unidades militares, si finalmente se desataba la guerra contra Iraq, como se preveía.

Las negociaciones al más alto nivel con los representantes de los medios en Washington fueron arduas y prosiguieron ferozmente en Kuwait como me reconoció uno de los productores del *60 Minutes* de Dan Rather que pretendía colocar un equipo con las “águilas chillonas” de la 101 Aerotransportada, la caballería del aire

© EFE



Falta clarificar las relaciones de los periodistas con los militares españoles cuando estos últimos desempeñan su trabajo en misiones en el exterior, o en el hipotético supuesto de que participasen en un enfrentamiento bélico.

estadounidense, y fuerza naturalmente candidata a iniciar las hostilidades.

La ubicación de los medios no fue neutral y primaron los intereses del Pentágono. Un 20% de las plazas fue reservado para medios no estadounidenses y alguna de las estipulaciones, como la expresa declaración de que el sexo no supondría ningún impedimento para acompañar a las tropas,

estadounidense, y fuerza naturalmente candidata a iniciar las hostilidades.

## 'Empotrados', pero libres

desató la paradoja de que entre las 60 mujeres que participaron, algunas de ellas viajaron con unidades donde las Fuerzas Armadas estadounidenses aún no permiten su presencia, como ocurre en la Infantería. Muchas de las limitaciones o restricciones tenían su lógica, aunque algunos de los principios eran claros en tanto en cuanto no había, con carácter general, censura. La seguridad era un asunto concerniente a las fuentes, y si los mandos decidían ofrecer información sensible a los periodistas era bajo palabra de que su uso no fuera perjudicial para sus intereses militares, lo cual tampoco parece descabellado. En cualquier caso, como exponían esas mismas “normas sobre el terreno” y me advirtieron los colegas estadounidenses, la clave estaría en los comandantes de cada unidad militar. Su flexibilidad en la interpretación o su intransigencia daría la medida del éxito o el fracaso. El escepticismo respecto a los militares en esta apartado era amplio entre los periodistas, y sin embargo, las encuestas posteriores de los militares revelan que la mayoría consideramos después que el *embedded process* había superado, con mucho, nuestras expectativas. Comparto la opinión del delegado en Washington de Hearst Newspapers, Charles L. Lewis, quien asocia la potestad interpretativa de las normas por los mandos a lo exitoso de su misión y recuerda que el Pentágono es muy respetuoso con

esos oficiales. Desmond Boylan, de Reuters, fotografió el izado de la bandera de las barras y estrellas y la enseña del Cuerpo de Marines en el puerto de Um Qasar. El oficial de la decimoquinta unidad expedicionaria de *marines* a los que acompañaba y que recibió la llamada de Washington para ordenar que fuera arriada de inmediato no cabía en sí de orgullo tras proclamar visualmente al mundo su presencia y la de sus hombres en aquel lugar, símbolo del comienzo de la invasión.

Dos casos completamente opuestos se dieron con el fotógrafo japonés del *Boston Herald* Kuni Takahashi, quien aterrizó como *empotrado* en una unidad cuyo comandante era absolutamente restrictivo en la interpretación de las normas y pretendía que difundiera sus fotos al fin de la guerra. Desconozco si ambos temían el fracaso, pero como narró el estadounidense Wesley Bocxe, contumaz acompañante de las tropas norteamericanas en sus aventuras exteriores en los últimos 15 años, con o sin su permiso y pese a las detenciones, se acopló a su grupo, formado por fotógrafos de los llamados “unilaterales” por los militares norteamericanos, y con ellos tuvo la oportunidad de tomar algunas de las más brillantes imágenes de la invasión militar. Ese grupo, en el que también viajaba el ganador del III Premio Miguel Gil 2004, Laurent van der Stockt, provisto de sus propios vehículos, se acopló

al III Batallón del IV Regimiento de Marines gracias al permiso otorgado por uno de sus oficiales. No suscribieron las normas que los demás aceptamos, pero actuaron con el sentido común de los veteranos en el oficio. Hasta donde yo conozco no tuvieron más problemas que aprovisionarse gracias al comercio, tolerado, con los militares por el uso de las comunicaciones satelitales que permitían a la tropa contactar con sus familiares, una de las grandes novedades de este despliegue, y que ofreció a los periodistas un gran abanico de oportunidades para relacionarse con los militares. Desconozco el motivo por el que ese selecto grupo de fotógrafos que aterrizó por su cuenta, y mucho riesgo, en suelo iraquí tras el paso de la frontera obtuvo el permiso del comandante de turno, pero no descartó que tuviera relación con el ansia de gloria militar.

Otros incumplimientos de las normas impuestas, en esta caso favorables a los medios televisivos fue el uso de vehículos propios. Desde luego que las literas y la cocina de la camioneta de CBS era tan envidiada o más que las facilidades de comunicación que ofrecía, puesto que todos los periodistas, con independencia del tipo de medio para el que trabajábamos, éramos, por fin, autónomos en las

comunicaciones. Viejo y resuelto problema.

Las conversaciones en profundidad con el comandante al cargo de la unidad médica de la compañía con la que viajé, quien reconocía que para él aquella invasión venía a representar una nueva cruzada, no sé si fueron las que me abrieron las puertas del quirófano mientras amputaban la pierna de un niño, escena que pude fotografiar pese a estar expresamente prohibido, salvo esa “interpretación flexible sobre el terreno”.

Anticipar el interés de los esta-

© EFE



Las conversaciones en profundidad con el comandante a cargo de la unidad médica de la compañía con la que viajé me abrieron las puertas del quirófano mientras amputaban la pierna de un niño...

dounidenses por el ensanchamiento de una autopista para poder emplearlo como pista de aterrizaje no me causó problema alguno, tal vez porque el oficial que me adelantó esos planes reconocía, pese al enfrentamiento diplomático Washington-París, que a él le apetecía instalarse a vivir en Aix-en-Provence.

En cualquier caso, esa misma censura o restricciones por motivos de

## 'Empotrados', pero libres

seguridad operacional, no afecta ni a los documentales, ni a los libros, ni a las publicaciones de periodicidad más amplia.

El consejero de Asuntos Públicos del Estado Mayor Conjunto estadounidense, capitán T. McCreary, reconoció, extrañado, el escaso número de incidentes graves en el apartado informativo con los periodistas al margen de la expulsión el 29 de abril de Brett Lieberman, del *Harrisburg Patriot*, y el aviso por una foto que motivó, ya en Bagdad, el abandono de Cheryl Diaz Meyer que, junto con su compañero del *Dallas Morning News* obtuvo este año el Pulitzer en el apartado más codiciado de instantáneas noticiosas.

Los otros dos expulsados por los estadounidenses, el patán de la Fox Gerardo Rivera, por causas que aún no conozco en realidad, y Philip Smucker, del *Christian Science Monitor* y el *Daily Telegraph*, viajaban por su cuenta; el primero, igualmente acoplado a una unidad militar sin disponer propiamente de la “asignación” oficial, aunque dada la cuestionable belicosidad de su cadena no podría ser considerado hostil, ni mucho menos neutral.

Smucker fue precisamente quien me contó cuatro días antes de su expulsión tras unas declaraciones en directo a la CNN, que la noche anterior, el 22 de marzo –en un tiroteo, que Reporteros sin Fronteras considera ocurrió entre tropas anglo-esta-

dounidenses–, había muerto Terry Lloyd y habían desaparecido el cámara francés Fred Nerac y el traductor libanés Huseín Toman, los tres de la británica ITV. Cuando me lo topé en la autopista que enlazaba Basora con Bagdad tuve la sensación de que con todo el riesgo que habían corrido él, el yugoslavo que le acompañaba, Andy Nelson, el fotógrafo de su periódico, y el enviado de *Le Soir* tenían “hambre” atrasada de imágenes y declaraciones. Tal fue el ímpetu con el que retrataron a los *marines*, a mis ojos rutinariamente desplegados en formación de combate, aunque no pasaba absolutamente nada. El propio teniente con el que yo viajaba, Dana Andrews, me lo hizo ver, tras las declaraciones que le pidió, y que su esposa vio recogidas un día después. Tuve una sensación de horror por esas muertes, las primeras de periodistas que yo conocía desde el comienzo de la invasión, y a continuación me asaltó la sensación de estar *encapsulado* y contar con una injusta ventaja sobre los periodistas que trataban de viajar por libre, aunque dada la descomunal concentración de tropas y el peligro de verse envuelto en un enfrentamiento entre ambos bandos la mayoría de los reporteros que consiguieron “saltar” la frontera buscaron la manera de cobijarse cerca de los invasores y evitar que sus propios compatriotas militares, en el caso de los británicos y los estadounidenses, les dispararan.

La sensación de *encapsulamiento* probablemente me acompañó hasta Bagdad, aunque la espina que tenía clavada de algún modo por el privilegio que teníamos quienes acompañábamos a los *marines* me la quité al ayudar a “saltar” varios kilómetros junto a Bagdad al grupo de periodistas de la competidora AFP, entre ellos Christophe Simon, fotógrafo afincado en Madrid, y sus acompañantes de RFI.

Sin llegar a caer “enamorado” de los *marines* como reconoce en el *Columbia Journalism Review* que le ocurrió el columnista del *Orange County Register* Gordon Dyllow, comparo el planteamiento profesional del veterano corresponsal en Yakarta del *Sydney Morning Herald*, Lyndsay Murdoch, de quien recordaba su excelente trabajo en Dili durante el desastre de 1999 en Timor Oriental. Simplemente “intento no dejar que la amistad y la proximidad (con los *marines*) condicione mi trabajo a favor de los estadounidenses y no convertirme en una herramienta de propaganda. La única manera de informar (*empotrado*) es hacerlo con honradez”. Precisamente una de las grandes dudas al respecto que me asaltó fue cuando el “parón” de la ofensiva si la comunicación a la tropa de que la

marcha se detiene, que permanecerían dos semanas en el lugar en el que se encontraban con sendos frentes al norte y al sur de la posición ocupada y la orden de que profundizaran las trincheras no pretendía sino utilizar la masiva presencia de periodistas para confundir al régimen de Sadam Huseín. La duda que, aún hoy mantengo, es si hice lo correcto, que fue dudar de esa orden, aunque existiera, y buscar la manera de corroborar la veracidad de la información recibida a la luz de otros datos a mi alcance como eran, básicamente, la

© USDP



La mayoría de los reporteros que consiguieron “saltar” la frontera buscaron la manera de cobijarse cerca de los invasores y evitar así caer bajo el fuego de éstos.

capacidad y voluntad defensiva de los iraquíes, a mi juicio ya en ese momento más que cuestionable, y con el abrumador poderío estadounidense, absoluta superioridad aérea incluida, y su ritmo de suministros a pleno rendimiento. La orden en ningún caso mejoraba la moral de la tropa, más bien lo contrario pues ansiaba llegar a Bagdad para poder volver a sus casas.



## 'Empotrados', pero libres

Precisamente, tras la gran tormenta del 25 de marzo que sí condicionó momentáneamente el avance estadounidense, y para completar mi visión del cuadro en ese momento contacté con Julio Anguita Parrado para recabar su opinión y corroborar, pues él viajaba al oeste con el Ejército de Tierra, si pudieran tener mayores dificultades logísticas. Quienes prepararon el programa de inclusión de periodistas no sólo estaban convencidos de que, como expuso en la Escuela de Oficiales del Estado Mayor para Asuntos Públicos del Cuerpo de Marines la brigadier general Mary Ann Krussa-Dossin, la “mayor parte de la cobertura mediática sería positiva al sentirse los reporteros como parte de las unidades”, sino que sólo dispondríamos de una pieza del puzle, ninguna visión general, y nos limitaríamos a contar lo que tuviéramos delante e historias humanas al estilo de las clásicas notas de Ernie Pile con retratos de los soldados del frente.

Sin embargo, la versatilidad de los teléfonos Thuraya, prohibidos en Bagdad por disponer de localizadores GPS, no sólo permitía superar los viejos condicionantes de empleo de las comunicaciones en su mayor parte para transmitir, sino que facilitaba al máximo la posibilidad de recabar información en un frente en plena marcha. Al margen de suponer un auténtico regalo en cuanto a facilitar las relaciones personales con

los que precisaban contactar con sus familias, lo mismo militares invasores que iraquíes con deudos huidos del derrocado régimen o simplemente temporalmente fuera del país para evitar la guerra.

No obstante, los obsoletos Iridium aún eran empleados por los propios militares y periodistas estadounidenses que los manejaban como alternativa de comunicación rápida para evitar desplegar los teléfonos satélites tipo Nera o el más novedoso Trane and Trane. Precisamente su elección, mala respecto a no emplear los Thuraya, es probable que no contribuyera a evitar que los militares estadounidenses nos requisaran los teléfonos Thuraya so pretexto de que Iraq poseía los códigos de las comunicaciones de la compañía, con base en los Emiratos Árabes Unidos. Esta justificación fue incluso aderezada con una nunca reiterada acusación a Francia de proporcionar al régimen iraquí dicha información. Tal vez, simplemente no les gustaba mucho la comunicación intrafrentes y la decisión de retirar los teléfonos de esa compañía afectaba menos a los periodistas norteamericanos y a los medios más poderosos, que además en su mayoría contaban con alternativas propias de comunicación, no así quienes competimos con menores medios. Cuando le pregunté a Julio si sabía algo de esa orden me dijo que a él no le habían comunicado nada. Ya no pude volver a hablar con él y las noti-



cias que de él obtuve fueron a través de su compañero Javier Espinosa que cubría el sur de Iraq en compañía de Javier Martín, un colega de Efe en El Cairo, quien me proporcionaría el teléfono de repuesto que me llegó cuatro días después del 28 de marzo, fecha de la requisita, aunque sólo un día no había podido lograr transmitir una crónica al no aparecer el dichoso Iridium que me prestaban los *marines* para dictar las notas. Evidentemente, mi capacidad de comunicación mermó a unos niveles que, momentáneamente e ilusamente, había creído dejar atrás, más bien querido. Supongo que esa misma situación afectó a otros periodistas y me figuro que es el origen de aquella decisión. Seguro que también disminuyeron las llamadas de la tropa a sus casas en Estados Unidos. El desconocimiento previo de los riesgos que implicaba la utilización de aquella compañía de teléfonos por satélite no es una alegación aceptable por parte de los estadounidenses.

Curiosamente ese hecho no sólo no despertó, en mi caso, inquina alguna contra todos los militares, sino que el conductor del Humvee con el que viajaba, el mexicano Morales –quien con ocho años vendía chicles por las calles antes de cruzar clandes-

tinamente la frontera y era un superviviente nato–, me recordó con su gran sentido del humor que en ese instante era “invisible” para sus mandos, la condición a la que –me explicó con sorna– son reducidos los miembros de la tropa cuando plantean algún problema, dificultad o queja. De nuevo otra lección a cargo de quien durante las tres semanas que duró la invasión fue mi lazarillo para comprender mejor las interioridades de una maquinaria que movía más de 50.000 efectivos en el caso de los *marines* de la Primera Fuerza Expedicionaria.

© USDD



**El objetivo estaba claro: sólo dispondríamos de una pieza del puzle, ninguna visión general, y nos limitaríamos a contar lo que tuviéramos delante e historias humanas al estilo de las clásicas notas de Ernie Pile.**

Su inmediato superior y copiloto, el sargento puertorriqueño Daniel Rodríguez –Romeo en el código de radio–, detestaba a los periodistas desde que sus andanzas como delincuente juvenil aparecieran en la prensa de Buffalo (Nueva York), de donde procedía. Aún así, pese al rechazo inicial a la idea de montar en su vehículo a un periodista, la relación fue lo suficientemente cordial para que

## 'Empotrados', pero libres

no me crease problemas, y finalmente a ambos les otorgó una excelente excusa en algunos momentos para “perderse” so pretexto de ayudar al reportero. La importancia de las relaciones humanas fue decisiva en mi caso, pues hubo alguna unidad en la que convertir deliberadamente en un calvario la estancia del periodista asignado fue deporte y entretenimiento.

Parcialmente en eso se transformaron algunas retransmisiones audiovisuales en las que la inmensidad del avance tecnológico respecto a 12 años antes no supuso en los contenidos de las crónicas televisivas en vivo más información que el periodista, montado en un vehículo de transporte, avanzaba en medio de un intercambio de disparos. Otras pretensiones como tratar de obtener franqueza de personas rodeadas por extranjeros armados hasta los dientes en mi caso me quedó clarísimo desde el principio que sería un vano empeño y por tanto una renuncia obligada. Igualmente, suponer que no se puede corregir o modificar lo prescrito por el Pentágono teóricamente en relación a la preservación de la intimidad y la propia imagen de los prisioneros para el futuro sería prácticamente estipular que los periodistas renuncien a fotografiar o tomar imágenes de quienes caen en campos de prisioneros, hecho que, en algunas ocasiones, como recuerdan las organizaciones defensoras de los derechos humanos, ha contribuido a salvar sus vidas.

Mejor se hubieran aplicado posteriormente a evitar las torturas en las prisiones, retratadas con afán coleccionista e impúdico, por sus propios soldados.

Las normas aplicadas por los estadounidenses a los periodistas que las suscribieron, accesibles por cualquiera en Internet, no creo que impidieran en absoluto trabajar correctamente a quienes les acompañamos. Si acaso la ilegítima pretensión de determinar quién tiene derecho a hacer su trabajo si acepta o no sus condiciones es el extremo que tras la guerra queda en entredicho. La pretensión de globalidad de los medios también quedó cuestionada, a mi juicio, con la fragmentación en audiencias, mercados, lenguas y afinidades territoriales por razones políticas, religiosas, culturales y de desarrollo económico. Esta vez la comunidad mundial no contempló en absoluto lo mismo, el mismo mensaje uniforme, que en épocas anteriores más recientes había con hegemonías extremas, a pesar de que la inclusión de periodistas a gran escala con los militares anglo-estadounidenses pudiera haber desequilibrado el enfoque a favor de sus respectivos gobiernos en la mayoría de los países occidentales .

La cuestión de la responsabilidad de los periodistas respecto a su audiencia o destinatarios y las empresas que les emplean en España al menos no creó, opino, excesivos problemas –salvo posteriores y conocidas

represalias— al constituir la oposición a la guerra una postura abrumadoramente mayoritaria que alentó a los medios a editorializar de acuerdo con las opiniones de sus “clientes”. Sin embargo, esta situación particularmente a mí no me afectaba gran cosa al cubrir un ángulo de la historia para una empresa española con intereses en el mundo de habla hispana. Aunque por su naturaleza pública sí hubiera podido ser, afortunadamente yo no recibí —y estaba en condiciones de rechazar— ninguna presión política. También es cierto que la variedad del espectro ideológico y geográfico obliga en Efe a trabajar para facilitar el uso de la información por todo tipo de abonados. No estoy nada seguro de que esa misma libertad y aplicación profesional no se viera perturbada en una situación de guerra semejante si tuviera que acompañar a tropas españolas trabajando para una empresa española. Probablemente no aceptaría el encargo. Es fácil criticar la labor de otros compañeros, pero desconozco cómo afrontaría el reto de los periodistas estadounidenses de la prensa local que acompañaron a los militares de las bases donde se editan sus diarios y cuyos lectores son los familiares, los amigos y los vecinos de los atacantes.

¿Qué presión resisten los directores de esos periódicos de sus lectores y anunciantes si les disgusta la información de un enviado que no es lo suficientemente beligerante a favor?

En cualquier caso, la gran pregunta continúa en el aire, y la propia Primera División de Marines se interroga sobre cuáles habrían sido los titulares si la Coalición (sic) pierde un batallón de infantería por un ataque químico, o sobre qué habría sucedido de existir un impulso más nacionalista en el corazón del pueblo iraquí y una mayoría de la pobla-

© USDP



**Las normas aplicadas por los estadounidenses a los periodistas que las suscribieron no creo que impidieran en absoluto trabajar correctamente a quienes les acompañamos.**

ción les hubiera combatido casa a casa.

En su análisis posterior a la invasión aconseja que pese a que “funcionó bien para los militares y los medios” sea revisado por el procedimiento de análisis riesgos-beneficios antes de volver a repetir del mismo modo un programa para acoplar periodistas en las mismas proporciones para futuras operaciones de combate. En este sentido considera limi-

## 'Empotrados', pero libres

tado el éxito para la propia Primera División de Marines. Por el contrario, la Tercera División de Infantería Mecanizada del Ejército de Tierra es mucho más optimista en su evaluación posterior a la invasión y califica la inclusión de periodistas de rotundo éxito.

Michael Pasquarett, profesor del Centro de Estrategia en Liderazgo de la Escuela de Guerra del Ejército de Tierra de Estados Unidos, considera que el público estadounidense tras esa cobertura, que afirma ha obtenido el respaldo de la opinión pública, obligará a militares y medios de comunicación a asegurarse la manera de continuar manteniendo la integridad en la información conforme a las mayores expectativas de la población norteamericana.

Al margen de los necesarios intercambios de opiniones para modificar esas normas, ya iniciado, opino que la transacción esencial de los periodistas con los militares fue el alcance y la profundidad en el conocimiento a cambio de la renuncia a la autonomía de movimientos. Como experiencia en mi caso resultó única, partiendo además de la base de que no son los reporteros sobre el terreno quienes deciden la apertura de un informativo o de un rotativo ni eligen para ello entre familias atribuladas por la muerte de sus miembros frente a los "progresos" de un pelotón de francotiradores en una avanzadilla.

Para el futuro sigue siendo válida en cualquier caso la recomendación del antiguo corresponsal en Saigón del *The New York Times* Sydney H. Shandberg, quien aconsejó a los editores y directores que pidieran menos puestos para periodistas *empotrados* y dejaran decidir a los veteranos de sus respectivos medios escoger cómo situarse en la cobertura.

Dick Halstead recuerda en *The Digital Journalist*, donde ha difundido algunos de los mejores trabajos fotoperiodísticos del pasado año en Iraq, incluidos testimonios de periodistas que acompañaron a los norteamericanos, que según un cálculo de *Los Angeles Times*, en los 10 años que duró la guerra de Vietnam perdieron la vida 63 periodistas, comparado con los 13 muertos en las tres semanas que duró la invasión de Iraq y el derrocamiento del régimen de Sadam Huseín, la tasa de mortalidad actual alcanzaría los 4.368 periodistas muertos si el conflicto se prolongara tanto como el del país sudasiático.

Espero que Julio y Couso, junto con los demás periodistas fallecidos en Iraq y otros lugares del mundo, allí donde estén puedan divertirse viendo cómo los reporteros se olvidan de pedir a alguien en casa que se ocupe de limpiar de *spam* sus apartados de correo virtuales para evitar lo que le ocurrió a Tony Perry, de *Los Angeles Times*, que tuvo que renunciar al correo electrónico por la dificultad de vaciarlo a 9.600 bps con el Thuraya. 